

LA REFLEXION HISPANOAMERICANA ACERCA DE LA EDUCACION: LA OBRA DE ANIBAL PONCE

Claudio LOZANO SEIJAS

En 1937 (1) se publicó la obra de Aníbal Ponce *Educación y Lucha de Clases*. Estamos en el cincuentenario de tal ¿efemérides?. Cualquier lector avisado colocaría, efectivamente, el signo de la interrogación en esa afirmación y dudaría a la hora de escoger el vocablo "efemérides". En puridad, se trata, no más, de la publicación de un libro más entre los tantos que profesores de toda América arrojan anualmente a las prensas. A las prensas y al olvido. Ciertamente es que, contraviniendo a Borges, Ponce fue un profesor y escritor particularmente grafómano, prolífico, con una costumbre ejemplar: la de escribir sus cursos y una vez tamizados por la confrontación y la discusión con sus alumnos, darlos a luz pública. Un libro más, es verdad. Pero en verdad un libro especial que ha conocido decenas si no más de un centenar de ediciones, que circula boca a oído, que sigue siendo un texto fundacional en muchas ocasiones y vocaciones pedagógicas e historiográficas, que se edita en España en los primeros años de la última democracia, texto añejo y casi único en la historiografía materialista de la educación, que, sabiéndolo viejo, resulta paradójicamente novedoso en el conjunto de esa historiografía.

Ponce y esa obra, como el resto de sus escritos acerca de temas histórico-educativos americanos o no, interesa a quienes escriben o leen historias de la educación occidental, a quienes discuten o estudian las fechas de inclusión o exclusión cultural de esa América nuestra, a quienes se explican el mundo desde ese continente y con una patria lingüística que nos incluye a muchos. Ponce nos sigue interesando porque a duras penas abarcamos su obra, por su precocidad y por su desaparición demasiado temprana, los cuarenta años,

I. Primera edición: Talleres Gráficos Argentinos L.J. Rosso, Buenos Aires, 1937, 297 págs. Hemos manejado a lo largo del trabajo la edición de las *Obras Completas* de Aníbal Ponce, Buenos Aires, Cartago, 1974, 4 vols. En adelante, *O. C.*

para una inteligencia crítica en evolución, como la suya. La obra ponciana suscita además otras cuestiones: la del lugar del intelectual en sociedades como las americanas de 1910/1930..., el papel que la cuestión educativa cumple en la formulación de los problemas nacionales y la manera de articularse estos en las coyunturas continentales. Suscita, también, "curiosidades": las tradiciones del exilio, de rancia prosapia en las historias española e hispanoamericana, las restauraciones políticas, el "latinoamericanismo"...

Aníbal Ponce, casi en último término y ahora, nos llama la atención por el manoseo, la manipulación o el trastueque de su memoria o su obra: izquierdismos parafascistas le desautorizan como liberal, estalinista, demodé o simplemente poco argentino y menos latinoamericano: le llama afrancesado en épocas de "guerras de independencia", "bolche" o exquisito lapislázuli. Pertenece ello al nivel de las luchas ideológicas y Ponce, además de su vocación científica, se mantuvo en la arena política con o sin partido afín. Es un capítulo, breve y acaso anecdótico: en un período de administración radical -por fin unidos-, en Argentina asistimos a un momento histórico en que la presencia de Ponce se discute o se rehabilita, 40 años después, como la del krausismo o la invención -seguramente mejor, el inventario- de las tradiciones populares en materia educativa, a lo largo de la historia americana y en contra de la instrucción pública ilustrada, incluida la radical, claro está. Quizá por eso, por las legitimidades de determinadas críticas y el oportunismo de otras, el nombre o la referencia a la obra de Ponce brille por su ausencia en la última, sólo eso, bibliografía argentina sobre educación o se le despelleje en nombre de otro muerto viajero, Mariátegui, pero desde posiciones que el gran peruano despacharía con la misma contundencia que a la demagogia aprista de Haya de la Torre. En pleno Proceso de Reorganización Nacional, el 31 de julio de 1981, la Sociedad Argentina de Escritores otorgó el Premio Aníbal Ponce. El galardonado por unanimidad fue un hombre poco sospechoso: de la fecha, de estar en Argentina en esa fecha, de recibir ese premio en esa fecha en la Argentina de esa fecha, de lo sospechoso de poder otorgar y recibir un premio así en aquel momento y lugar: fue Jesualdo, educador y escritor uruguayo, comunista, seguidor, pese a las diferencias, de Ponce o al menos de la línea general de su actitud y su pensamiento. Seguidor es un decir, Jesualdo había batido el cobre de la educación del común de la gente: había publicado en 1935 su libro *Vida de un Maestro* y en 1945, *17 Educadores de América*, donde incluiría a Ponce. Aquel Jesualdo que durante 1925/1935 había desarrollado una de las experiencias más interesantes de educación, la de la escuela de Canteras de Riachuelo, en Colonia del Uruguay, visitó entonces al Ponce que un año antes, 1934, había dictado en el Colegio Libre de Estudios Superiores de Buenos Aires las conferencias que habrían de componer *Educación y Lucha de Clases*:

"... Ponce ya conocía mi libro y dialogamos largo y profundo sobre ello (...) y sobre mis puntos de vista en cuanto al sentido propuesto de mi novela documental: dar un grito en la noche para promover en las gentes (en especial en los educadores) la reflexión sobre estos problemas en los que se vivía con más burocracia que vocación.

"Y el libro logró su propósito con su connotación romántica y su testimonio irreversible (...) Ponce escuchó todo mi planteamiento con gran atención, y tal vez fue el ajustado lenguaje magister con el que me habló, la cordialidad con que entendió mis puntos de vista de concentrar la atención en una realidad que debería ser denunciada agresivamente y la fuerza de su convicción para hacerme entender la gran lección de la historia que habíamos comenzado a vivir, sin duda fue todo esto por lo que sus palabras habrían de tener en mí una decisiva influencia para los

pasos posteriores (...) Como le sucedió a Neruda después que salió de las profundidades de una de aquellas mortales minas de su tierra y cantó ya para siempre: "¡Yo no comparto el crimen!" Entonces, también me dije: ¡Yo tampoco!" (2).

Jesualdo no se confundió: aceptó el Premio Aníbal Ponce en aquella Argentina y en aquel 1981, e hizo un discurso emotivo y crítico.

Desde el enfoque histórico-pedagógico la obra de Aníbal Ponce nos interesa por ser autor de dos de los tres trabajos más interesantes sobre la educación americana, dicho sea lo anterior (3) con dos salvedades: paradójicamente, apenas hay referencias a la situación, la historia o el futuro pedagógico o educacional hispanoamericano en esas páginas poncianas. El tercer trabajo, el referente a la "Instrucción Pública" en sus *Siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana* de José Carlos Mariátegui, ha sido considerado habitualmente como un modelo de análisis o al menos como actitud ejemplar al estudiar los problemas americanos "desde América" y, desde luego, como un punto de vista crítico de la herencia española. Con todo lo cual hemos hecho referencia a los presupuestos de esa historiografía pedagógica: ausencia o gran escasez de visiones de conjunto, la influencia europea, fundamentalmente en la elaboración de propuestas de interpretación de la historia americana, que dan en la abusiva utilización de modelos sociológicos, fruto a veces de falta de investigaciones históricas directas; la compulsiva -no por falsa sino por excesiva- tendencia a estudiar esos procesos en cotejo con la historia europea o usamericana, y la negación de las relaciones con España (4), que lleva a la no constatación de la inexistencia de esas relaciones y, por tanto, a su aceptación como presupuesto de la historia educativa hispanoamericana, dígame latinoamericana.

A Ponce, así, lo situaremos, sin dedicarse propiamente, es decir profesional o

2. Jesualdo. *Premio Aníbal Ponce 1981*. Buenos Aires, Ediciones "Amigos de Aníbal Ponce". 1982. pp. 25 y 26.

3. *Humanismo Burgués y Humanismo Proletario (de Erasmo a Romain Rolland)*, en *O.C.*, vol. III, 449 ss. Primera edición; México, 1938. Otras historias educativas americanas, G. Weinberg: *Modelos Educativos en la historia de América Latina*. Buenos Aires, Kapelusz, 1984. En (2) Jesualdo se refiere a una obra suya, por lo que sabemos inédita, de título: *Historia de las ideas educativas de América*, en cinco volúmenes. vid. loc. cit., p. 38. La bibliografía sin ser amplia, en sentido estricto, abarcaría desde el clásico libro de Don Emilio Uzcátegui: *Historia de la Educación en Hispanoamérica*. Quito, 1975 a la historiografía de Adriano Puigros: *Imperialismo y Educación en América Latina*. México, Nueva imagen, 1980; *La educación popular en América Latina*. México, Nueva imagen, 1984 y *Democracia y autoritarismo en la pedagogía argentina y latinoamericana*. Buenos Aires, Galerna, 1986. En otro orden de cosas y porque afecta a las políticas de la lengua, vid. Manuel Alvar: "Lengua Nacional y sociolingüística: las constituciones de América". En *Bulletín Hispanique* (Bordeaux). LXXXIV. 1982. n° 3-4, pp. 347-414, integrado en *Hombre, Etnia, Estado...*, Madrid, Gredos, 1986.

4. Venero inmenso: algunas calas: J. Delgado: *España y México en el Siglo XIX*. Madrid, CSIC, 1950. 3 vols.: F. Pedro García: *Viajes e Informes de Españoles sobre la enseñanza en el extranjero durante el siglo XIX. Los Precursores de la Educación Comparada en España a través de sus obras*. Tesis Doctoral inédita. Madrid, UNED, 1986.; David Viñas: *De Sarmiento a Cortázar*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 1974. 2a (Vid. pp. 132 a 199: "El viaje a Europa"). Frederick B. Pike: *Hispanismo, 1898-1936. Spanish Conservatives and Liberals and their Relations with Spanish America*. London, Univ. Notre Dame Press, 1971. Carlos Rama: *Historia de las relaciones culturales entre España y la América Latina. Siglo XIX*. Madrid, FCE, 1982. J.C. Mainer: "Un capítulo regeneracionista: el hispanoamericanismo (1892-1923)", en *Ideología y Sociedad en la España Contemporánea*.. VII Coloquio de Pau, Madrid, Edicusa, 1977, pp. 149-203. Ma Teresa Berruero: *La participación americana en las Cortes de Cádiz (1810-1814)*. Madrid. C.E.C., 1986. C. Martín/M. R. Martín de Veiga/M.T. Solano: "El hispanoamericanismo. 1880-1930, en *Quinto Centenario* (Madrid), n° 8. 1985, pp 149 a 165. etc...

duraderamente, a ello, en una historiografía relativamente nueva y en una de las dos direcciones de estudio de nuestras historias de la pedagogía y de la educación (5).

Las preocupaciones de los historiadores americanistas por la educación son escasas. Las de los pedagogos por su historia española y americana, recientes: 15 años y con notabilísimas lagunas (6). Suelen ser humanistas, en sentido amplio, a ambos lados del Atlántico, quienes han cultivado temas locales o nacionales o, más preferentemente, se han ocupado de historiar las ideas acerca de la educación: la proliferación de pedagogías lugareñas ha sido la consecuencia natural de esa labor histórico-entomológica. América aparece así poblada de santones educadores (7).

Don Simón Rodríguez sería el primero. Paulo Freire, el penúltimo. En medio, Bello, Sarmiento, Vasconcelos. Es un decir, naturalmente. Y un decir terciado porque evidentemente desde la obra de la Iglesia en México hasta los problemas de los actuales nicaragüenses con su educación, el trecho es enorme como para señalar sólo media docena de "cumbres". Pero Simón Rodríguez es una de las encrucijadas del nuevo camino, desde la Independencia, significa, incluso la imposibilidad, en aquel momento, de la erección de una "provincia pedagógica" americana:

"Ya al comienzo de los disturbios ocurridos en los primeros decenios del siglo XIX, cuando se formaron los estados latinoamericanos, se emprendió el primer intento de una reforma al sistema educativo, independiente de la tradición española". " Simón Rodríguez, el maestro de Simón Bolívar, libertador de los países sudamericanos, fue designado en 1825 Director General de Educación en el país que, en honor del Libertador, fue llamado Bolivia (...) Dispuso, pues -siguiendo el modelo de las escuelas politécnicas francesas y la tendencia práctico-artesanal de la Ilustración-, la creación de una escuela profesional que debía estar abierta a todas las clases sociales. Esto provocó un escándalo enorme (...) La resistencia de la clase dirigente criolla provocó la remoción de Rodríguez (...) Simón Rodríguez habló en un idioma que no podía comprender la sociedad a la que se dirigía. Los *principia media* del educador afrancesado no eran (...) los de un estrato criollo cuyo pensamiento estaba condicionado por la *hacienda*. Así como era correcta la idea de que mediante la formación de los artesanos se pondría en movimiento un desarrollo más elevado de la sociedad, por otra parte era inadecuado querer aplicar este mayor desarrollo por decreto, mientras la sociedad no lo exigiera por sí misma o no lo considerara correcto. Al experimento de Simón Rodríguez, el siglo le negó su ayuda" (8).

5. Vid. A. Puigros: *La Educación Popular en América Latina*, op. cit. y *Democracia...*, op. cit., pp. 13 y ss. Vid. en otro sentido: J. Ortega Esteban: "Historia de la Pedagogía e Historia de la Psicología: Conexiones epistemológicas e históricas", en VV.AA.: *Estudios de Historia de la Psicología...*, I.C.E. Universidad de Salamanca, 1985, pp. 118 a 129.

6. Así lo atestigua el listado de las conocidas recopilaciones de B. Sánchez alonso o R. Blanco Sánchez, el seguimiento del *Boletín Americanista* o *Historia de la Educación* (Salamanca), 1981-1986... En el campo pedagógico. vid.: A. Escolano/J. García C./J.M. Pineda: *La investigación pedagógica universitaria en España* (1940-1976). Universidad de Salamanca, 1980, y J.M. Pineda Arroyo: *Estudio Bibliométrico sobre la literatura pedagógica. Estructura de la productividad u círculos científicos (1940-1976)*. Tesis Doctoral Universidad de Salamanca. 1985.

7. Vid. T.E. Martínez y J. Aray: "Sobre los maestros mitológicos de América Latina" en J. Aray: *Sadismo en la enseñanza*. Caracas, Monte Avila Editores, 1979, pp. 103 a 139.

8. En H.A. Steger: *Las Universidades en el desarrollo social de la América Latina*. México, 1974, F.C.E., pp. 94 a 97.

La cita es en exceso extensa, muestra de la aplicación de un modelo weberiano a la historia educativa hispanoamericana. Es sobre todo discutible, desde afirmar la adopción de determinados "modelos" y el afrancesamiento de Simón Rodríguez -los estudios de Gustavo A. Ruiz lo refutan- hasta la conexión con modelos económicos: es como lamentarse del "fracaso" de las políticas educativas fisiócratas ante la imposición del liberalismo smithiano en aquel momento.

Estamos en verdad, en esos comienzos del XIX, ante la posibilidad, al menos ideológica (?), de un camino fundacional parecido en tantos términos al que trataba de abrirse paso en España, desde Gogoy a José Bonaparte (9). En el propio Bolívar: en la carta que dirige a Simón Rodríguez y las que dirige a Lancaster y Bentham (10). Es decir, instaurar una tradición social y educativa posibilista y "rousseauiana", una tradición de educación popular o la implantación y defensa de Estados democráticos de Derecho, donde la educación del nuevo ciudadano, basada en el sueño ilustrado de la salvación por el conocimiento, sufriese el giro mediante el cual (como había o estaba aconteciendo en las instituciones de la civilización industrial), en realidad, las personas se convirtiesen en ciudadanos sólo en tanto productores y miembros útiles y activos de esa civilización, mediante procesos educativos dirigidos (11). No estamos seguros de que no fuera ésta la finalidad de los esfuerzos de Don Simón Rodríguez, pero nos ha legado un *Proyecto de Ley de Educación Popular* que sigue alimentando utopías:

"Es en el sentido de la igualdad social que Simón Rodríguez interpretó el discurso pedagógico rousseauiano. El Maestro de Bolívar -quien con justicia puede ser considerado como el primer educador popular de América Latina- mantuvo disidencias sustanciales con los pedagogos liberales latinoamericanos (...) La perspectiva de Simón Rodríguez plantea la ruptura con el discurso pedagógico burgués europeo dominante y pretende construir una pedagogía verdaderamente democrática, que responda a las necesidades y demandas de la realidad latinoamericana. Por el contrario, los políticos pedagogos, intelectuales orgánicos de las oligarquías liberales, optarían por identificar educación popular con "instrucción pública"..." (12).

"*Inventamos o erramos*", de Rodríguez, sigue siendo la frase más repetida en los estudios sobre la educación americana, éste incluido. De manera que en aquel santoral, atravesado por las líneas de la "Instrucción Pública" y la de la "Educación Popular", tienen su día y su momento desde Bolívar hasta iiSandino!! (13), pasando por Gómez Farías, Alberdi, Bello, Sarmiento, Varela, Sierra, Barreda, Martí, Hostos, Varona, Vasconcelos, Mariátegui, y algún ministro o subsecretario, desde Magnasco o Bassols a Cardenal: ahí está la historiografía: mucha más "Instrucción Pública"...

Ponce no hará este recorrido, apenas hará referencia a capítulos del positivismo educacional argentino, sus referencias al socialismo utópico, en su vertiente pedagógica,

9. Vid. José Mercader Riba: *José Bonaparte Rey de España. 1808-1813. Estructura del Estado Español Bonapartista*. Madrid, CSIC, 1983, esp. pp. 499 a 559: "La Cultura".

10. En S. Bolívar: *Obras Completas*. La Habana, Lex, 1950, 3 tomos Reproducidas en C. Lozano: *Antología de Textos Pedagógicos*. Barcelona, PPU, 1982, pp. 277 y ss.

11. Pedro Cerezo Galán: "La dialéctica de libertad y Cultura", en *Boletín de la Fundación Juan March*, mayo de 1985, pp. 35 ss.

12. A. Puiggrós: *Democracia y Autoritarismo en la Pedagogía argentina y latinoamericana*, op. cit. pp. 16 y 17.

13. Carlos Tünnermann B.: *Hacia una nueva educación en Nicaragua*, Managua, MED, 1981, 2a edic. (Vid. "El pensamiento pedagógico de Sandino", pp. 49-79). Además: A. Puiggrós: *La Educación Popular*. _ pp. 267 a la 284: "La pedagogía nacionalista y popular de Sandino".

serán al paso (14) y nunca hablará de educación popular, sino de educación o cultura proletarias.

Aníbal Ponce se hace persona, esto es, hace su bachillerato, en Una tierra, en una parte de esa "Euroamérica" de que hablan los antropólogos, en un país, la Argentina, que vive en paz política interna desde los años sesenta del siglo en el que nace (1898). Aquel país había instaurado por aquellas fechas un sistema educativo completo y había logrado la difusión universal de la enseñanza:

"Como se sabe, Argentina fue uno de los países de la región que expandió más tempranamente la escolaridad básica en el marco de los modelos europeos de la época (...) Argentina, junto con Uruguay, Costa Rica y, en menor medida, Chile, fueron los países de la región que acompañaron su incorporación al mercado mundial como exportadores de materias primas e importadores de productos manufacturados, con una organización social y jurídica que suponía la *inclusión* del conjunto de la población en los circuitos básicos de la difusión cultural (...) El sistema educativo tradicional estaba concebido como un sistema de distribución social del conocimiento según el cual la masa global de la población tenía acceso sólo a un mínimo de enseñanza básica que garantizaba la homogeneidad cultural y una élite accedía a las expresiones más elaboradas y al dominio de los instrumentos que permitían cierto nivel de creación del conocimiento (...) El objetivo de difundir la lecto-escritura y ciertos conocimientos y valores entre los sectores populares era un objetivo que *debía ser cumplido* (...) El pensamiento y la acción educativa generadas en el marco de la propuesta oligárquica en los orígenes del sistema educativo lograr(i)án ser homogéneos durante un periodo significativamente largo de tiempo. Los sectores populares, en todo, caso, cuestionaron las limitaciones en su cumplimiento pero no la validez de su postulación, presionando sistemáticamente para obtener una cuota cada vez mayor de participación en el acceso" (15).

La Argentina de Ponce es un país con kilómetros de ferrocarril, que se autoabastece de alimentos e importa manufactura, que vive la implantación del sufragio universal -mujeres, no- y elige más libremente que nunca a tres Presidentes "nuevos", Yrigoyen y Alvear, el nuevo radicalismo; que mantiene el prestigio de sus Universidades de Buenos Aires y Córdoba, de donde estallará un movimiento de reforma que se extenderá al Continente. Ponce, en su país, sufrirá la interrupción de la democracia y la presencia política militar -que dura hasta casi nuestros días- en la vida pública argentina. Le costará el exilio. Morirá lejos de su tierra, al norte de América, en 1938, en México (16).

14. A. Ponce: "Fourier, el hombre", recogido en J. Labastida: *Aníbal Ponce, Humanismo y Revolución*. México, Siglo XXI, 1976, 3a, pp. 218 ss. Cfr.: Diego Sevilla Merino: *Utopía y Educación en Charles Fourier*. Valencia, Promolibro, 1986.

15. J. C. Tedesco: *Educación y Sociedad en la Argentina (1880-1945)*. Buenos Aires. Ediciones Solar, 1986, pp. 262-264.

16. Valga la Bibliografía que se está consignando en estas notas como abanico documental también acerca del período. Además: E. Pardo y F. Mateo: *Argentina: Educación y Capitalismo Dependientes*. Buenos Aires. Editorial Tiempo Contemporáneo, 1975, vid. 28 ss. Milcíades Peña: *Masas, Caudillos y Elites. La dependencia argentina de Yrigoyen a Perón*. B.A., Ediciones Fichas, s.d.

Un eminente estudioso mexicano indicó hace años la posición de la obra de Aníbal Ponce en los estudios sobre educación:

"... La pedagogía materialista ha sido bien captada por los partidarios de esta corriente en Latinoamérica, quienes han acentuado el carácter irreligioso y ateo de ella, y han tratado de penetrar en la escuela a fin de preparar una generación revolucionaria (...) Destacado pedagogo de esta tendencia es el argentino Aníbal Ponce. Informado de la doctrina, psicólogo por añadidura, no sucumbe a un fácil optimismo (...) Pedirle al Estado que se desprenda de la Escuela es como pedirle que se desprenda del Ejército, la Policía o la Justicia. Los ideales pedagógicos no son creaciones artificiales que un pensador descubre en la soledad y que trata de imponer después por creerlas justas. Formulaciones necesarias de las clases que luchan, esos ideales no son capaces de transformar la sociedad sino después que la clase que domina materialmente es la que domina también con su moral, su educación y sus ideas (...) Ponce pertenece a una generación de intelectuales en Iberoamérica, la primera que trató seriamente, mediante los recursos y métodos del materialismo histórico, de iluminar los complejos problemas de América. De esta generación, estimulada por la Revolución Rusa triunfante, son figuras sobresalientes también José Carlos Mariátegui, de Perú; Juan Marinello, de Cuba, y Vicente Lombardo Toledano, de México" (17).

Habitualmente se indica que la época intelectual en que estudia y desarrolla su obra y su actuación Aníbal Ponce es la de la quiebra del modelo político oligárquico— liberal (1880-1930) y que una de las corrientes ideológicas que transitan esa época es la que evoluciona del positivismo a la recepción del marxismo (18), del agotamiento de las fórmulas políticas de orden y progreso, dirigidos a la búsqueda de nuevos paradigmas en un mundo que ha sufrido una Guerra Mundial y ha conocido —en América, está conociendo— las revoluciones rusa y mexicana. En la vida personal de Ponce y en su trayectoria intelectual y política es decisiva la influencia del médico, psicólogo, criminalista, sociólogo y educador José Ingenieros, muerto en 1925, en plena juventud de Ponce (19): "Nadie ha contado aún como latía nuestro corazón de los veinte años en aquel momento decisivo de la historia"; esas palabras de Ponce en su libro *Para una Historia de Ingenieros*, de 1925/1926, recién desaparecido el maestro, establecen la metáfora de su relación. Siempre se tiende al hablar de Ponce, a considerarlo en paralelo, un alter ego, un continuador, una chispa en el esplendor desencadenado a principio de siglo: la propia inclinación política de Ponce nos sugiere la militancia socialista de Ingenieros, la participación de éste en el Congreso Científico de Montevideo en marzo de 1901, donde presenta su esbozo acerca del determinismo económico en el desenvolvimiento de los pueblos

17. F. Larroyo: "La Filosofía de la Educación en Latinoamérica, hoy" en *Dianoia*, 1961, pp. 202-203.

18. R.M. Martínez de Codes: *El Pensamiento Argentino (1853-1910). Una aplicación histórica del método generacional* Universidad Complutense, Madrid, 1986. D. Genevois/B. Le Gonidec *Aspects de la pensée hispano-américaine. 1898-1930*. Rennes, 1974. A. Puiggrós: *La educación popular en América Latina*, op. cit., pp. ss.: "La herencia pedagógica de Aníbal Ponce, o la inscripción del positivismo en el discurso pedagógico marxista latinoamericano".

19. A. Ponce: *Para una historia de Ingenieros*. En O.C., I, 139 ss. Además: Héctor P. Agosti: *Ingenieros. Ciudadano de la juventud*. Buenos Aires, Editorial Hemisferio, 1958, 3a edic. José Ingenieros: *Antiimperialismo i' nación*. Introducción de Oscar Terán. México, Siglo XXI, 1979. J. Ingenieros: *Antología...* Edición de Delia Kamia. Buenos Aires, Losada, 1961. Héctor. P. Agosti ha narrado magistralmente la amistad Ingenieros—Ponce en la biografía que antecede a su edición de las *Obras Completas* de Ponce. Agosti falleció en julio de 1984 en Cuba.

americanos, nos hace pensar en *Educación y Lucha de Clases...* y los estudiosos dudan de si podría decirse de Ponce lo que él afirmó sobre la evolución política de Ingenieros: "Su concepto de la evolución histórica, inspirado naturalmente en las nuevas corrientes del marxismo, no tenía ni podía tener la rigidez ortodoxa de los primeros aforismos". Lo que parece cierto es que Ponce, desde sus años, llevó a cabo, entre otras cosas, las palabras de Ingenieros a su vuelta de Europa, en 1906: "Aspiremos a crear una ciencia nacional, un arte nacional, un sentimiento nacional, adaptando los caracteres de la múltiples razas originarias al marco de nuestro medio físico y social. Así como todo hombre aspira a ser alguien en su familia, toda familia en su clase, toda clase en su pueblo, aspiremos también a que nuestro pueblo sea alguien en la humanidad".

Ponce escribió alrededor de tres mil páginas de *Obras Completas*, que no son tan completas, como suele acontecer, por razones editoriales probablemente. De esas tres mil páginas, más de 400 analizan temas de historia educativa y cultural —no incluimos sus escritos de psicología, más vastos e importantes desde su labor clínica, fundamentalmente—, y el núcleo de esas páginas sobre historia y sociología de la educación se fragüe entre 1934 y 1936, aunque se publicaran más tarde. Nos referimos a *Educación y Lucha de Clases* y a *Humanismo Burgués, Humanismo Proletario. De Erasmo a Romain Rolland*, publicada en México en 1938. Hecha está la historia del itinerario ponciano (20), donde los años 1930 a 1938 marcan un rumbo en sus opciones intelectuales y en la decisión de sus intervenciones políticas. Efectivamente, el otear en perspectiva el tránsito del Radicalismo, el asistir a las consecuencias de la crisis del 30 en Argentina, la Guerra de España y el ejemplo de Rusia, que visita en 1934/1935, su exilio y el "descubrimiento de América" en México, cambian si no el sentido sí la trayectoria y la presencia pública de la obra de Ponce.

Ponce habla de educación en esas obras y en varios artículos, anteriores y posteriores a los años 1937 y 1938, y lo hace, como es natural, desde el liberalismo, con el krausismo, cerrando o dando por concluida la polémica sarmientina sobre educación, negando validez a la teoría de las generaciones para explicar la Historia, e incluyendo la necesidad del estudio de esa Historia como el terreno de enfrentamiento de las clases. Pero salvo en sus tres últimos años, todo ello se irá dando o haciendo como se muda la piel, no a tiras, sino poco a poco. Efectivamente, no se abandona sin dolor lo que tanto se ha amado y a cuyos pechos se ha crecido. Pero Ponce fue autocrítico: en un país presidido por la obra educativa de Sarmiento, el constructor de la Argentina en que nace y se cría Aníbal Ponce, sus primeros escritos trataron de lo mejor de esa herencia liberal. De ahí sus obras, *La vejez de Sarmiento*, publicado en 1927 y donde no sólo se habla de la generación del 80, sino de completar su obra y mensaje con "el significado profundamente humano del movimiento socialista" y *Sarmiento Constructor de la Nueva Argentina*, publicado en España en 1932, pero no se trató de "matar al padre" para superarlo. En esos libros, algunos de cuyos capítulos están originalmente redactados por un Ponce recién veinteañero, hallamos en germen no solo un proceso de mayoría de edad, sino también un análisis de los fracasos y las brechas de aquel liberalismo, vetagolpista militar incluida, como premonición del cuartelazo de Uriburu en 1930: en México se le interrogaría en cierta ocasión por el papel de Alberdi y Sarmiento en la historia argentina:

20. H. P. Agosti: *Aníbal Ponce. Memoria y Presencia* En O.C., I, 11-137. Manejamos además una edición independiente de Cartago, en Buenos Aires, 1974. Además: H. P. Agosti: "Aníbal Ponce o el destino de la inteligencia", en *Defensa del Realismo*, Buenos Aires, Lautaro, 1963, 3a, pp. 139 a 160. Emilio Troise: *Aníbal Ponce. Introducción al estudio de sus obras fundamentales*. Ediciones Sílabas, Buenos Aires, 1969. J.A. Salceda: *Aníbal Ponce*. S.A., Lautaro, 1957.

"Intérpretes ambos de la burguesía argentina en su etapa liberal, fueron excelentes en nuestra lucha contra el feudalismo poderoso aún en la Argentina; pero resultan insuficientes en la etapa actual de la revolución agraria y antiimperialista; y totalmente superados desde el punto de vista de la revolución socialista. El mismo José Ingenieros, que interpretó hasta hace pocos días las exigencias más radicales de la pequeña burguesía argentina, ha quedado ya a las espaldas como un precursor magnífico, que recogen: os con orgullo en nuestra herencia cultural pero cuya ideología no podemos mantener" (21).

De esos ensayos nos siguen interesando bastantes cosas• los capítulos sobre Amadeo Jacques y Miguel Cané en *La Vejez...*, la introducción de ese mismo libro, donde claramente establece lo que diría a los estudiantes más tarde, en junio del 1930: mayo es la revolución socialista también y "no se es defensor legítimo de la Reforma cuando no se ocupa al mismo tiempo un puesto de combate en las izquierdas de la política mundial", y porque pone de manifiesto algo clarísimo para Ponce, como figura en el último capítulo de *Sarmiento...*: que Domingo Faustino era para la oligarquía porteña y la burguesía de la época un "maestro pobretón", que siendo intérprete de esa burguesía no fue su intelectual orgánico sin más:

"El país se convirtió bajo sus órdenes en un taller inmenso de artesanos revoltosos que se burlaban de su jefe y arrojaban a un dos por tres las herramientas; pero el impulso formidable que supo transmitirles levantó a la Argentina de su inercia, la impregnó de sangre y alma europeas, y le aseguró en América el mayorazgo indiscutible de la instrucción primaria" (22).

A veces se ha reprochado a Ponce no hablar de los temas educativos de América entera: en verdad su opción para la Argentina no incluía a USA sino como contramodelo implícito: su conferencia sobre *De Franklin, burgués de ayer, a Kreuger, burgués de hoy*, de agosto de 1932 y su artículo *Candide perseguido*, de 1930, podrían ser indicios; desde luego apenas incluyó en sus reflexiones atención a la evolución educativa en EE.UU. de modelos darwinianos a los esquemas deweyanos, a pesar de haber tenido ocasión, con motivo de su crítica a Vasconcelos a propósito de *Indología* en 1928 y posteriores sobre el autor de *De Robinson a Odiseo*. En cuanto a la América hispana, realmente sus obras y comentarios sobre Sarmiento, Jacques, Cossettini, Vasconcelos, Vergara... colocan de referente a la Argentina. Pese a su temprana proclama latinoamericanista:

"...Algunos, intencionada o inocentemente, han torcido nuestro objetivo principal confundiendo su carácter latinoamericano con el panamericanismo, el hispanoamericano, el iberoamericanismo y aun con el latinismo de la "amistad francoamericana" y de la "progenie de Italia". No somos panamericanos por ningún concepto, pues entendemos que el panamericanismo es una invención yanqui (...) No somos hispanoamericanos porque en algunas naciones el elemento europeo incorporado a la población nacional es principalmente italiano o francés, pero no ibérico (...) Nuestros ideales latinoamericanos son continentales, más bien encami-

21. Citado por Agosti: *Aníbal Ponce. Memoria y Presencia*, cit., 140.

22. A.P.: *Sarmiento, Constructor de la Nueva Argentina*. En O.C., 1, pp. 422.

nados a emanciparse de tutelas europeas que a fomentarlas, aun cuando ellas coinciden todas en rivalizar con la peligrosa amenaza yanqui..." (23).

Y sobre todo, a su obra mexicana, América no figurará especialmente en su horizonte noético en lo referente a su sociología e historia de la educación contenidas en aquellas dos obras, aunque sí y progresivamente en sus escritos políticos (24). La reforma Universitaria de 1918 será un hilo conductor de sus interpretaciones (25). Elijamos una de ellas, por su contundencia:

Pasan los años, se suceden las generaciones, cambian los interventores, se renuevan los Consejos y la Reforma Universitaria sigue tan indefinible como siempre (...) Quince años de declamaciones en torno a los "temas de nuestro tiempo" no han hecho dar un sólo paso a la Reforma. El señor Ortega y Gasset, peligroso mentor, continúa hoy como ayer embarullando con sus barroquismos las mentalidades no muy precisas del subtrópico (...) Duele no poco comprobar que se siga hablando de ese modo...¿En qué momento de la evolución argentina apareció la Reforma? ¿Con qué movimientos políticos y sociales coincidió su irrupción? ¿A qué clase social interpretaba, o a qué fragmento de la burguesía sirvió en su momento de estandarte? (...) ¿Es un movimiento de izquierda o de derecha? ¿El comienzo de una nueva época o el último acomodo de una clase social, desplazada hasta ayer, pero hoy en nada diferente de los antiguos amos? He ahí, sin duda, una serie de interrogaciones sobre temas bien concretos y que valdría la pena averiguar..." (26).

Sarmiento no se encontró con Unamuno. Quiero decir Aníbal Ponce fue sarmientino en lo tocante a España. Hasta la Guerra Civil. Hasta el comienzo de la andadura republicana española, quizá. Aunque decir todo eso quizá suene a exagerado: a Ponce no le interesaron en exceso los intelectuales de la generación del 14. A los del 27 o la República apenas los cató. Pero fundamentalmente contra Ortega y Marañón no ahorró escarnio, sobre todo en su vertiente de filósofos mundanos: ahí están sus notas en *Un Cuaderno de Croquis, Los Autores y los Libros, Apuntes dispersos y notas de México* (27). Pero Argentina y América, para Ponce, no tenían nada que ver con España desde la divergencia de la Independencia, que no fue un proceso de guerra civil sino la oposición clara y terminante de dos culturas, de dos filosofías: "Cada derrota de la Revolución siguió siendo una victoria de España, y el más doloroso de los fracasos argentinos —la dictadura de Rosas— fue un triunfo tan ruidoso del feudalismo español que aparecieron en el Río de la Plata, con el poder absoluto y la Compañía de Jesús, las corridas de toros y los autos de fe" (28). Semejante exabrupto sólo es comparable al de las palabras tomadas de Sarmiento que encabezan el estudio *Examen de la España Actual*, de 1936: "España marcha a destiempo de las demás naciones dando las doce cuando todos los relojes marcan las cinco", y que será llevado a la tontería en alguna ocasión:

23. H.P. Agosti: *Aníbal Ponce. Memoria e Presencia*, cit., p. 53.

24. "Las masas de América contra la guerra en el mundo" discurso de marzo de 1933, incluido en *El Viento en el Mundo*. También en O. Terán: *Aníbal Ponce: ¿El marxismo sin nación?*. México, Pasado y Presente, 1983, pág. 126 y ss.

25. Vid. en A. Ponce: *O.C.* tomo. IV. 353 ss. y "El año mil novecientos dieciocho y América Latina", 536 y ss., "Condiciones para la Universidad libre", 539 y ss...

26. Comentario al libro de Angel Guido: *Definición de la Reforma Universitaria*, ibidem, 327 ss.

27. Citamos por la edición de sus *O.C.*, tomos III y IV, cts.

28. *El Viento en el Mundo, O.C.* tomo. III, 155.

Se ha señalado (...) la sujeción del idioma como un vínculo español que nada podrá destruir. Los argentinos tenemos, en efecto para afianzar nuestra personalidad, este obstáculo muy grave: el idioma que usamos no es la creación de la comunidad que lo habla. Cada idioma constituye con respecto al Lenguaje en abstracto, algo así como un punto de vista personal. Marca a la vez una limitación y una elección, es decir, un nivel mental, un momento del desarrollo de la civilización y del espíritu. Y ahora bien, por razones históricas poderosas los argentinos estamos obligados a tener con respecto al idioma el punto de vista de los españoles: a expresar nuestro nivel y nuestra hora con las formas envejecidas de un idioma en retardo" (29).

Efectivamente y durante gran parte de su vida, hasta el exilio, hasta su viaje a la URSS, para Ponce Francia seguía marcando el norte, encrucijada de Europa, madre fecunda de humanidades. En ello, como en tantas otras cosas de esa etapa de su vida, Aníbal Ponce se incluía junto a Echeverría, Alberdi, Sarmiento, en la tradición viajera española y argentina (30). Antes y después, Francia sería la de Babeuf, la Ilustración, la Comuna y el Frente Popular (31).

Educación y Lucha de Clases y Humanismo Burgués y Humanismo Proletario siendo dos obras que suelen indicarse como complementarias son formalmente diferentes aunque tiendan a entenderse como estudios sociológicos: el primero como historia de la educación y el segundo, como sociología de los intelectuales y su papel en los procesos de cambio. Han sido libros muy interpretados, con mucha hermenéutica pro y anti Ponce. Esas interpretaciones van desde considerar a *Ed. y L. de Cl.* una ilustración pedagógica desde el marxismo "duro" de la III Internacional, de los esquemas del Engels de *El Origen de la Familia, la propiedad privada y el Estado*, y la metodología sociológica de Durkheim. Este tipo de afirmaciones suele ser de difícil constatación y en el caso de la apelación durkheimiana, de elección de modelo: no ciertamente del de *L'Évolution Pédagogique en France*, publicado en 1938, aunque evidentemente la consideración de la Historia como la ciencia social de la misma y la de la Sociología como la ciencia de las instituciones, de su génesis y de su funcionamiento puedan convivir perfectamente en el intento ponciano. Agosti lo ha dicho brevemente: "... la línea primordial de su discurso, ese desmontaje minucioso de la idealización pedagógica, de los himnos al esplendor de una educación pura nunca existente en la historia de la humanidad..." (32). De todas formas, las aportaciones de ambas obras saben a poco o son desmesuradas. Es evidente que Ponce está escribiendo, además de una obra "sociológico—historiográfica", un alegato doctrinario, con un núcleo de ideas: la decadencia de la burguesía y su fracaso en uno de los puntos más caros al liberalismo: la educación, el monopolio, la dispensa o la extensión de la educación. De ahí el carácter tripartito de sus escritos: "revoluciones en la educación no hemos visto más que dos: cuando la sociedad primitiva se dividió en clases y cuando la burguesía del siglo XVIII sustituyó al feudalismo". "La definitiva, la próxima será la

29. El "Examen de conciencia", incluido en *El viento en el Mundo*, O.C., III, 159.

30. Vid. Nota 4, Viñas y Pedró.

31. "Buenos Aires—París", *Le Monde*. 1935. En O. Terán, op. cit. nota 24. pp. 169: En O.C., III, 103 y ss. en *Apuntes de Viaje*.

32. H.P. Agosti: *Anibal Ponce. Memoria y Presencia*, op. cit., p. 105.

revolución proletaria. De ahí que *E. y L. de C.* centre lo más extenso de su estudio en la educación del hombre burgués y se detenga en lo que Ponce piensa es la última etapa o expresión de aquella educación. De la revolución proletaria hablará en su "Visita al Hombre Futuro", parte última de *H.B.* y *H.P.*. Completaría así una visión, para 1938 y desde la óptica generalizada del marxismo—comunismo internacional—si se nos permite hablar así— de la fuerza y el desplome del mundo capitalista coetáneo. Una visión, una más, central y eurocéntrica, cuyos esquemas se pretendían válidos para todo el sistema capitalista mundial.

Ponce maneja extraordinariamente la bibliografía —abrumadoramente francesa— de sus días. Lo interesante es que esa documentación no proviene del campo ideológico en que se mueve el argentino y es habitualmente interpretada o aprovechada, hasta sus menores detalles, casi como en un rompecabezas. En verdad se ha dicho, Ponce desbarata muchas leyendas y desmorona muchos mitos, e introduce nuevas lecturas posibles de hechos conocidos a través de la historia académica habitual y es esa apertura a nuevas interpretaciones, el carácter ejemplarizante y el estilo educativo en que están elaborados lo que, a nuestro entender, confiere aún, 50 años pasados, interés y no meramente arqueológico a estos escritos de Ponce.

La parte más interesante de *Educación y Lucha de Clases* lo constituye su interpretación de las épocas moderna y contemporánea. Su lectura de las sociedades primitivas, antigua y feudal resultan novedosas por la inclusión de los primeros en una historia de la educación que nos trae ecos de Mead, Malinowski y Levi—Strauss y porque paradójicamente señala ausencias en relación a preocupaciones muy actuales hacia las poblaciones amerindias "primitivas" del Continente Sur.

La lectura en términos engelsianos de Grecia y Roma nos enlaza a Farrington, y su manejo de Rashdall y otros autores no evita que las páginas dedicadas a la Edad Media sean las más leves del libro: añoramos, ya que está citado más arriba, a Durkheim y su interés por el papel educativo de la Iglesia. Nos interesa su sociología del Renacimiento y Humanismo, que evoca en nosotros a Von Martín y muestra los flancos de la metodología y el saber de la época: ausencia de referencia los "poligraphi" y nada que anuncia a Bajtin, pese a la detención en Rabalais. Hay un gran hallazgo en delimitar las cuatro corrientes que partiendo de la revolución del XIV/XV arriban al XVIII atravesando, dinamizadas por ellas o su crítica, Reforma y Contrarreforma, en una interpretación a medias sociológico—weberiana y culturalista dependiente del mito de Prometeo. Esa travesía no se hace sin olvidos ni injusticias: Comenio y la Revolución Inglesa nada menos. El recorrido por la pedagogía contemporánea esquematiza la Ilustración y anatematiza a Rousseau por individualista y a Pestalozzi por "hospicianista", con lo cual está colocando el dedo en un canal de interpretación de las políticas ilustradas: las policías poblacionales y asistenciales. Ni una alusión a los "flecós" revolucionarios de la Ilustración: los socialistas utópicos, como ninguna a las Internacionales y sus preocupaciones educativas. A nuestro juicio, lo anterior es relativamente irrelevante: Ponce pretende quintaesenciarlo en los capítulos finales, que dedica a los movimientos de Escuela Nueva. Digámoslo ya: este análisis no ha sido superado, al margen de determinados adjetivos descalificativos. Presentar mayoritariamente, desde el punto de vista doctrinal, el "movimiento" de la Escuela Nueva como una suerte de Internacional Burguesa de la educación es, básicamente cierto y fructífero: los casos Freinet y Dewey, la II República española y su política escolar y la evolución pedagógica italiana de anteguerra confirman la validez e incluso vigencia del nudo del argumento de Ponce y confluyen en algo que sus oyentes sabían: sus opiniones sobre la cultura de la época y el compromiso de los intelectuales: es verdad, *Humanismo Burgués*

y *Humanismo Proletario* es un libro especial, es un alegato a un testimonio, es una interpretación en espejo de lo que creíamos acerca de varios mitos de nuestra educación. El libro está implicado, sin duda, por el acercamiento de los partidos comunistas a los intelectuales, efecto de sucesos definitivos en aquellos años: el triunfo de Hitler, la Guerra española y, en un velado plano, los procesos de Moscú: los congresos de escritores para la defensa de la cultura, de 1936 y 1937 serán una de sus expresiones visibles. La obra de Benda, no citada por Ponce: *La Traición de los Intelectuales*, un banderín de enganche.

Por encima de la injusticia global de considerar a Erasmo como prototipo de esa *trahison des clercs* —Ponce no conoció Bataillon, ya publicándose: en 1936—, el análisis de Ponce es deslumbrante y catecumenético: invertir el *Ariel* de Rodó y el liberalismo laico del II Imperio y la III República francesa, mostrar el desastre de la Primera Guerra y sentar las plantas en la URSS como modelo, como metáfora y hogar del nuevo humanismo: de todos, para todos, en manos de todos. Dos consideraciones: una, lo problemático del uso del término *humanismo* en la concepción teórica y la finalidad histórica de Ponce: nuevamente es una proposición liberal en un pensamiento y una opción que no lo es. Dos, Ponce, no tuvo tiempo de conocer la URSS, de manera que lo que despliega ante nosotros es elentusiasmo del neófito y el deslumbramiento del primer viaje: pero en 1935 ya habían pasado cosas desde la muerte de Lenin: ya era anacrónico citar a Lunacharsky o Kollontai, a Krupskaya...: Makarenko era el pedagogo oficial de Stalin y los Planes Quinquenales diseñarían una política de Estado. Un Estado —veinte millones de muertos en la Guerra Mundial—, potencia mundial en 1945.

Críticas, como es natural, han brotado desde fuentes diversas y en algunos casos la lejanía en el tiempo y la distancia en los propósitos las hacen ucrónicas. Históricamente, quizás pudiéramos reprochar a Ponce, por ejemplo, el desconocer parte de los escritos marxianos dedicados a la educación, a las consideraciones sobre el hombre nuevo, el reino de la libertad y necesidad, etc... Pero eso sería colocarnos en la problemática del joven Marx...

En varios campos podrían agruparse las críticas a las insuficiencias de estos escritos de Aníbal Ponce: en primer lugar se señala la insensibilidad hacia las reformas escolares que abren nuevos caminos. Jesualdo, en cita que recoge Agosti (33) mostró esa laguna en la crítica ponciana. Desde luego de la lectura de Ponce no se deduce claramente, como lo hace el hagiógrafo, la consideración de los movimientos de reforma pedagógica, que serían conformidades provisionales que recortan los privilegios de los sectores dominantes y ensanchan los valores de las "segundas culturas" que se manifiestan dentro de la sociedad escindida en clases. Confesamos nuestro estupor ante esa conclusión de Agosti: el hecho mismo de que Ponce no recoja las tradiciones socialistas no marxistas, por ejemplo las anarquistas y en general lo que hoy denominaríamos tradiciones de lucha de las "gentes sin historia" imposibilita realmente considerar a Ponce como un Gramsci o un Mariátegui, reproches innecesarios: el estudio de Erasmo, siendo tan cercano a las elaboraciones del pensador italiano acerca del papel de los intelectuales, es otra cosa, tan interesante por otra parte. Evidentemente Ponce no conoció la evolución del régimen socialista de la URSS. Tal vez otro hubiera sido su criterio:

"Si Ponce hubiera escrito su libro tres décadas después habría tenido que tomar en cuenta también las nuevas experiencias socialistas en la creación del hombre nuevo, viéndolas con sus enormes logros pero también con sus dificultades, defor-

33. Ibidem, 102.

maciones y limitaciones (...) Se habría reafirmado que no basta cambiar las circunstancias para que los educadores formen nuevos hombres. Es preciso también — como subrayaba Marx— que los educadores en su sentido más amplio —sean también educados—" (34).

En realidad Ponce no vivió el 39: el fiasco de políticas, alianzas y ortodoxias fracasadas. Ni menos el 60 y la autocrítica de treinta años de estalinismo, ni vivió la evolución de su país bajo regímenes autoritarios o parafascistas. Su biografía alcanzó a desempolvarle sus mitos sobre la revolución mexicana y la política posibilista y audaz de Cárdenas.

En Zitácuaro, el 5 de mayo de 1938 se cerró una vida que acababa de abrir otra historia.

Aníbal Ponce, en efecto, es un intento de la razón americana al que por su trayectoria intelectual no conclusa, por los acontecimientos políticos que llevarían a la II Guerra Mundial, por el transfondo de la evolución del socialismo internacional y por la historia de los últimos años en Hispanoamérica, no resulta difícil admirar o condenar. Ponce no conoció el pacto germano—soviético de 1939, no alcanzó a vivir el desenlace de la Guerra Civil española, no pudo atisbar siquiera la Cuba socialista y las imposibilidades de la autonomía hispanoamericana. Pero tal vez, y en la línea de estudios recientes, deba ser sacado a la luz no tal un muerto al que se alancea como si hubiera vivido esas situaciones sino como a un jalón en nuestra historia y un interesante aporte a la evolución de las ideas argentinas e iberoamericanas. No pueden repetirse —no hay excusa intelectual ni pretexto político— las historias y los rituales de ocultación, expurgo o ignorancia. En España nuestros estudiantes no debieran "superarle" sin haberle leído y contextualizado. En Hispanoamérica y España quienes se dediquen a la Historia de la Educación no debieran ignorarle. La suya es una inflexión metodológica y una opción historiográfica apenas explorada entre nosotros y su conocimiento evitará que por otros se le considere paradigmática. Ponce sigue sirviendo para explicar ese lapsus.

34. *Ibidem*, II5.